

FACSIMIL

COLABORACIONES

La sombra paterna

por Flavia Company *



Beatrix y Rupert Potter.

MAGGIE LANE, HIJAS ESCRITORAS, BARCELONA: NOGUER, 1992.

Fanny Burney, Maria Edgeworth, Elizabeth Barrett Browning, Charlotte Brontë, George Eliot, Emily Dickinson, Beatrix Potter y Virginia Woolf tienen en común, además de ser escritoras en lengua inglesa, el hecho de que mantuvieron unas relaciones conflictivas con sus respectivos padres, lo que, de una u otra forma, afectó su obra literaria.

*El siguiente artículo propone una reflexión sobre lo que significó la figura paterna en la vida y obra de estas autoras, a la luz de la información que sobre el tema ofrece el libro *Hijas escritoras* de Maggie Lane.*



Robert Evans.



Mary Ann Evans (George Eliot).

MAGGIE LANE, HIJAS ESCRITORAS, BARCELONA: NOGUER, 1992.

Estudiosa de la literatura escrita por mujeres y especialista en la persona y la obra de Jane Austen, Maggie Lane (Birmingham, 1947) propone en su libro *Hijas escritoras* (Barcelona: Noguer, 1992) la revisión de las obsesivas y problemáticas relaciones que ocho famosas escritoras en lengua inglesa mantuvieron con sus padres, y el alcance que su influencia pudo tener tanto sobre su decisión de escribir como sobre su obra.

Como es lógico, la selección no es ni pretende ser en absoluto exhaustiva —Mary Russell Mitford, Mary Wollstonecraft, Mary Shelley o Louisa Alcott son, por ejemplo, como la

propia autora reconoce en la introducción, ausencias significativas, así como las mismas Jane Austen o Elizabeth Gaskell (estas últimas, a juicio de la autora del estudio, son las dos únicas literatas inglesas de importancia en aquel período que establecieron con sus padres relaciones satisfactorias, equilibradas, *normales*)—. No obstante, las escritoras escogidas lo han sido por un lado en función de la documentación sobre ellas existente (al final del volumen se incluye una completa e interesante bibliografía), y por otro según el peso y la conflictividad de la relación con sus progenitores.

Aun así, la lista supone un recorri-

do que abarca ciento cincuenta años de historia —desde 1778, año de la publicación de *Evelina*, la novela que dio popularidad y reconocimiento a Fanny Burney (1752-1840), hasta 1927, fecha en que aparece la obra en la que Virginia Woolf (1882-1941) analiza con detalle la figura de su padre: *Al faro*—. Queda, pues, reflejada la sociedad de un extenso período, de entre cuyos destacados nombres Maggie Lane escoge, aparte de los dos citados unas líneas más arriba, los de Maria Edgeworth (1768-1849), Elizabeth Barrett Browning (1806-1861), Charlotte Brontë (1816-1855), George Eliot (1819-1880), Emily Dickinson (1830-1886) y Beatrix Potter (1866-1943).

A pesar de que, con anterioridad a Fanny Burney, otras autoras habían intentado —y algunas lo habían incluso conseguido— vivir de sus escritos, no se les da cabida en este volumen no sólo por falta de espacio sino porque, desgraciadamente, apenas si se sabe nada sobre sus vidas privadas. Por otra parte, el hecho de que la autora haya tomado como límite temporal los años en que vivió Virginia Woolf se debe a los notables cambios operados para el mundo de la mujer a partir de entonces, los cuales resultan lo suficientemente importantes como para que el juicio paterno y los moldes sociales debiliten en algo y de manera progresiva su hasta entonces incuestionable y represiva autoridad.

En nombre del amor

Lo cierto es que todas las incluidas en el estudio sufrieron, a través de sus padres, el rigor y la inflexibilidad de una larga época que mantuvo de manera férrea sus valores y prejuicios,

haciéndolos incluso más severos con el paso del tiempo, al sustituir el período victoriano al georgiano.

A todas ellas se les daba una educación inferior que a los varones —que a sus propios hermanos, sin ir más lejos—, y se las educaba para ser sumisas y serviciales, y para aspirar, como suma fortuna, al matrimonio y a la familia, única salida posible y plausible de la casa paterna. (Cuando no se les prohibía incluso ésta.) En *Tres Guineas*, Virginia Woolf escribe, refiriéndose a la historia de las vidas de las mujeres de la época victoriana: «[...] encontramos casi siempre los síntomas familiares: el padre se opone a que la hija se gane la vida. Su voluntad de casarse o ganarse la vida despierta en él una violenta emoción, para la cual alega siempre las mismas excusas: la señorita degradará su condición; la hija ultrajará su feminidad».

Podríamos tomar este párrafo —siniestro a estas alturas— como emblema de la situación de todas las vidas que contiene *Hijas escritoras*.

Los lectores asistimos, estupefactos, a los detalles casi inverosímiles de los inútiles sacrificios y crueles chantajes emocionales a que estaban sometidas esas mujeres. Siempre, eso sí, *en nombre del amor*. Asistimos incrédulos al desfile de anécdotas con tintes escabrosos que niegan una vez tras otra la personalidad y la libertad a mujeres adultas, cultas y capaces, en favor del *buen nombre*, *la integridad personal y familiar* o *el honor*.



Charles Burney.



Fanny Burney.

Según Maggie Lane, Virginia Woolf y George Eliot, probablemente, jamás se habrían atrevido a escribir obras de ficción si sus padres hubieran vivido diez años más. La liberación por la muerte del padre llegó demasiado tarde para Emily Dickinson, quien jamás vio publicada su ingente obra (de la que tampoco la posteridad habría tenido noticia, si su hermana Vinnie, al morir Emily, hubiera obedecido sus indicaciones de quemar todos sus papeles).

El secreto en que se gestaron salvó la integridad de las obras de F. Burney o de Charlotte Brontë y sus hermanas, quienes publicaron sus primeras obras sin consultar la opinión paterna.

Elizabeth Barrett y Beatrix Potter recibieron en principio el apoyo y el ánimo de sus padres, pero sufrieron su severidad y su tiranía en cuanto fueron adultas con voluntad propia y sintieron deseos de contravenir los designios paternos. Maria Edgeworth se vio en la obligación de acatar las órdenes del progenitor y dedicar su tiempo y su esfuerzo a farragosos es-

tudios teóricos sobre educación, que no sólo le impedían dedicarse a su verdadera obra, sino que además se publicaban con sólo la firma de su padre.

Todas ellas, no obstante, se refirieron con frecuencia a sus padres en sus escritos —cartas, diarios e incluso obras publicadas—, tal era la preocupación y las complejas contradicciones que hacia ellos sentían.

Fanny Burney afirmó que toda su felicidad la debía a su padre. Maria Edgeworth admitió que escribía para complacerlo. Elizabeth Barrett prometió que nada se interpondría entre ella y él, excepto Dios y su voluntad. Charlotte Brontë confesó que consideraba a su padre como el único pariente cercano y querido que tenía en el mundo para salvarla de su soledad. George Eliot se desesperó pensando qué sería de ella sin su padre, cuando éste desapareciera. Emily Dickinson escribió que soñaba cada noche con él. Beatrix Potter atribuía sus lágrimas a la crueldad del suyo. Y Virginia Woolf, tras leer a Freud, cayó en la cuenta de que aquel conflicto de amor y odio que la dominaba no era sino un sentimiento definido como *ambivalencia*.

Ausencia de la madre

El papel de la madre, que en algunos casos podría haber resultado un alivio, un consuelo o un elemento conciliador, no tuvo en la mayor parte de casos importancia alguna. La mayoría de ellas murieron jóvenes. El destino de muchas mujeres, en aquella época, era morir exhaustas después de padecer todos los partos que sus cuerpos hubieran sido capaces de aguantar. Fanny Burney, Maria Edgeworth y Charlotte Brontë perdieron a sus madres antes de los 10 años. Virginia Woolf y George Eliot, entre los 10 y los 20. Elizabeth Barrett, poco después de los 20. Las únicas que podrían haber disfrutado de ellas duran-

te su edad madura fueron Emily Dickinson y Beatrix Potter. Pero la madre de la primera sufría de un problemático carácter infantiloides, y la de la segunda era una mujer fría y distante en quien la hija no pudo encon-

trar refugio alguno. (De hecho, éstas fueron las únicas que controlaron el número de embarazos y salvaron así su vida; la señora Dickinson tuvo tres hijos, y la señora Potter sólo dos).

Así pues, la educación de estas mu-



MAGGIE LANE, HIJAS ESCRITORAS, BARCELONA: NOGUER, 1992.

jes, caracterizada por la falta de cuidados maternos y por la considerable, para la época, libertad intelectual que les concedieron sus padres, debió de suponer un buen cultivo para el desarrollo de su imaginación y su capacidad de observación.

Sea como fuere, tuvieron una vida que les permitió acceder o incluso que las impulsó al mundo de la literatura, al cual afortunadamente no renunciaron a pesar de las adversidades, y en cuya historia han dejado escritas algunas de las más importantes páginas.

La toma de la palabra

«La sociedad, al parecer, era un padre», escribió Virginia Woolf en *Tres Guineas*, obra en la que criticó sin reservas la exaltación de los valores masculinos. La identificación resulta reveladora, y sitúa la función paterna a un nivel parecido a la que podía ejercer sobre la mujer el conjunto de la sociedad. El padre representa los valores establecidos y aplica las normas que de ellos se deducen. Es el

símbolo de la absoluta autoridad.

Sin duda alguna, durante los largos y demasiados años en que el discurso, el uso ilícito de la palabra, correspondió casi exclusivamente al hombre, y durante los cuales la mujer quedaba por decreto relegada a un silencio sumiso y comprensivo —«Las mujeres escuchen en silencio las instrucciones con entera sumisión. No permito a la mujer enseñar ni tomar autoridad sobre el marido; mas estése callada» (1 Timoteo 2, 9)—, el padre (o ese segundo padre que para las mujeres suponía su marido) era para las hijas el censor incontestable, cuyo criterio debía guiar a su familia y sintonizar al mismo tiempo con los prejuicios y normas inamovibles que dictara la sociedad en el momento.

Muchos de los padres de las escritoras que hoy conocemos fueron condescendientes con las *veleidades* literarias de sus hijas, y aceptaron, probablemente con paternalista permisividad, que se *entretuvieran* con algo tan impropio de su condición femenina como la escritura —«Aplica sus manos a la rueda y sus dedos manejan el huso» (Proverbios 31, 19)—.

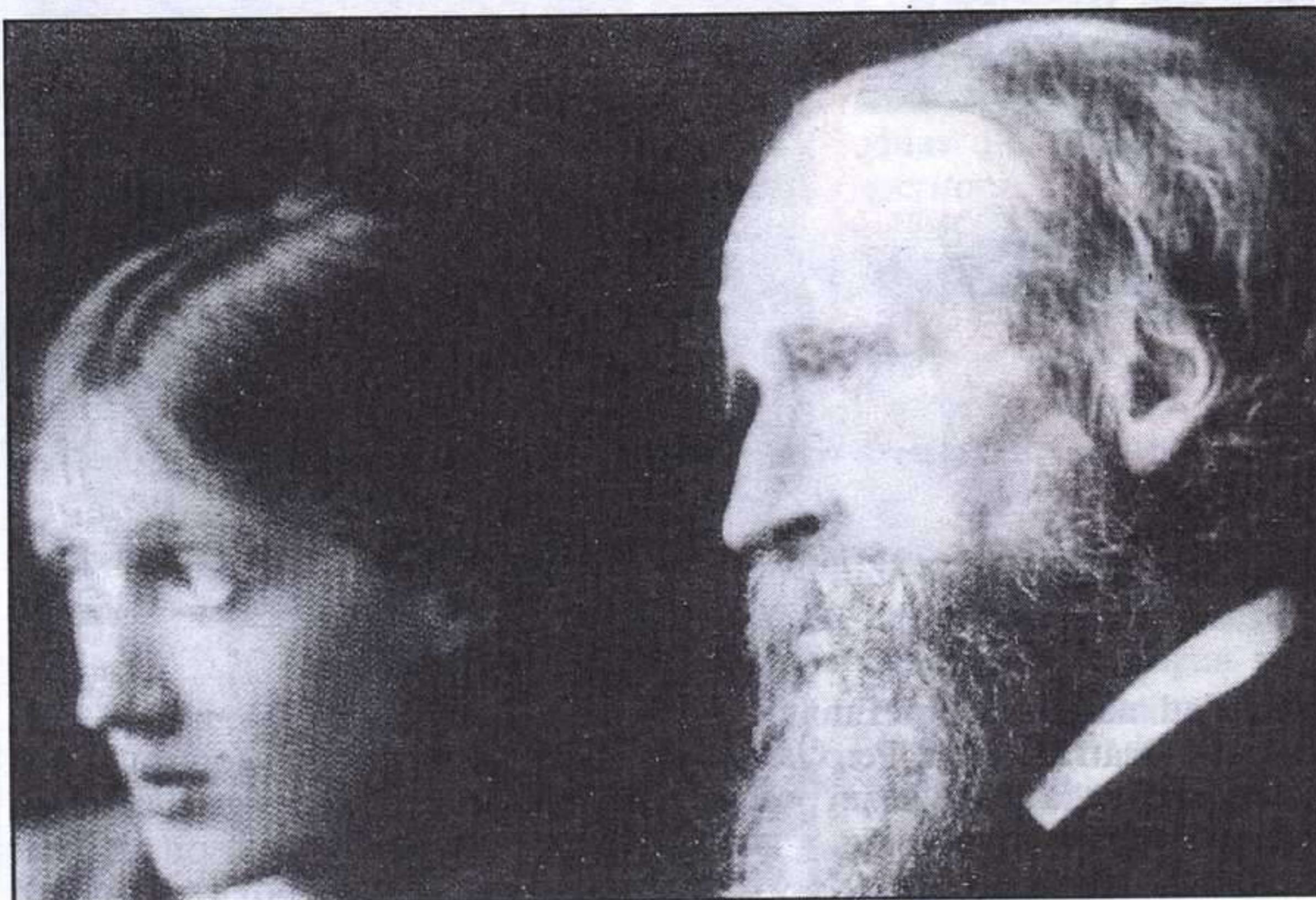
Claro es, debieron de quedar algunas en el camino, anuladas por la represión y la vergüenza, creyendo al fin comprender que su misión era la de casarse y tener hijos, y que toda otra intención era impropia y pretenciosa —«[...] se salvará por medio de los hijos...» (1 Timoteo, 2, 15)—.

Si bien es verdad que el padre funcionaba en la mayor parte de los casos como elemento indiscutiblemente represor, también es cierto que era modelo incomparable para las aspiraciones de sus hijas, quienes veían en él una opción más cercana a su deseo y voluntad que el que pudiera mostrarles la madre, y que en muchas ocasiones llegaron a convertirse en sus interlocutoras, lo cual favoreció de manera notable su progreso intelectual y su ambición. Algunas tuvieron en sus bibliotecas el comienzo de una aventura sin retorno.

Necesitaron publicar en secreto, cambiar sus nombres femeninos por otros masculinos, justificar su *diferencia*, pero escribieron su obra. El padre sirvió para tomar el pulso a la sociedad que se escondía tras él. A fin de cuentas, él era el mundo real, el mundo de los sucesos, de la cultura, de la objetividad, del poder. Apoyo único e insustituible, o enemigo feroz y dictador, fue el contrapunto necesario para que la personalidad de sus hijas se reafirmara y fuera capaz de tomar un camino lejano y opuesto al estipulado.

Las primeras escritoras tuvieron que pedir no sólo permiso sino también perdón por el atrevimiento —basta leer algunos párrafos de Teresa de Ávila o de Teresa de Cartagena para encontrar afirmaciones en tal sentido—. Habían abierto el camino para que sus sucesoras tuvieran bastante con pedir permiso —en ese momento, la sociedad (el padre) empezaba así a perder el poder del prejuicio—. Se había sembrado al fin la semilla de la verdadera libertad. ■

* Flavia Company es escritora.



Virginia Woolf y su padre.

MGGIE LANE, HIJAS ESCRITORAS, BARCELONA: NOGUER, 1992.